

**LUCE FABRI**



# **EL FASCISMO**

**Definición e historia**

**UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA  
DPTO. DE PUBLICACIONES**



LUCE FABRI

**EL FASCISMO**

Definición e historia

---

Publicaciones de la Universidad

# EL FASCISMO

## Definición e historia

El subtítulo debería ser: definición a través de la historia. En efecto, el fascismo es un fenómeno histórico sin autoconciencia, que ha adquirido coloración distinta según las circunstancias, tanto que pudo ser considerado como "una fuerza en busca de una ideología". Esta es una definición insuficiente, sin duda, pero que se acerca mucho al núcleo que queda después de haber descartado lo puramente instrumental y lo contradictorio y está lejos de ser una fórmula vacía, como veremos. El único camino para verlo es seguir la palabra y la realidad que más o menos le corresponde en su proceso y contexto histórico.

### I

#### ORIGENES

El punto de partida es la guerra de 1914-18; el lugar de partida es Italia. Claro que hay raíces que van más lejos en el tiempo y hay ecos que rebasan cualquier frontera en el espacio. Pero, cuando nace una palabra, nace siempre una realidad configurada de una cierta nueva manera; siempre hay, en el nacimiento de una palabra, un historia que empieza. Puede haber toda una gama de anticipaciones, que en este caso podemos llamar prefascistas; pero el fascismo propiamente dicho comienza en un salón de la Presidencia del Círculo de los Intereses Industriales y Comerciales, cuyas ventanas daban a la plaza milanese del Santo Sepulcro, el día 23 de marzo de 1919. Los que participaron en aquella asamblea, abundantemente calificada luego de histórica, recibieron, después del triunfo, el título de "sansepulcristas".

Hay que decir que unos cuantos trataron más tarde de hacer olvidar esa primacía, fruto de una equivocación inicial en que



habían caído de buena fe, arrastrados por una demagogía a la vez nacionalista y obrerista, que pudo engañar, sin embargo, sólo a una minoría de intelectuales, mientras el mundo del trabajo tuvo desde un principio una idea clara de la naturaleza conservadora del nuevo movimiento.

Si no todos los sansepolcristas auténticos participaron en los desfiles de rutina, durante los veinte años que duró el gobierno fascista, muchísimos fueron —como compensación— los sansepolcristas falsificados, que surgieron en gran número durante el proceso de burocratización del régimen y, en sus tentativas afanosas de anticipar la fecha de su inscripción al partido, llegaban a veces al resultado “óptimo” de quedar registrados en la minoría privilegiada de los fascistas de la primera hora. Naturalmente, ni los auténticos que se fueron en seguida, ni los apócrifos que llegaron mucho después, nos sirven para estudiar el fenómeno fascista más que marginalmente, en la desorientación que lo incubaba y en el conformismo que lo acompaña cuando triunfa.

Si la reunión de la Plaza del Santo Sepulcro en Milán fue algo así como el bautismo de la nueva corriente, su nacimiento verdadero fue menos localizado en el tiempo, más gradual, y sus primeras manifestaciones se observaron esporádicamente en toda Italia y en forma masiva en la llanura del Po.

Asistí a ese nacimiento, y mis pocos años de entonces, que podrían invalidar mi testimonio, estaban compensados por una ubicación excepcional, tanto desde el punto de vista geográfico, como desde el social y el cultural: Bolonia, la ciudad donde residía, fue considerada siempre el principal centro de irradiación del fascismo y, si con mi padre frecuentaba a la vez los ambientes relacionados con las tres ramas de la enseñanza, con el periodismo, con los partidos de izquierda y con los sindicatos obreros, por mi condición de estudiante de Gimnasio, tenía contacto con las familias de esa pequeña y media burguesía provinciana, cuyos hijos, junto con elementos obreros desocupados, formaron los primeros contingentes de “camisas negras”. Mi material informativo, fijado en mi memoria por un apasionado interés, se renovaba a diario y a diario era sometido a un proceso de crítica y discusión a todos los niveles. Sentía alrededor de mí mucho odio y mucho amor; se vivía entre malentendidos y se buscaba la verdad. La calle, tumultuosa y exasperada; mi casa, cruce sereno (aunque por momentos dolorido o entusiasta) de corrientes encontradas; las casas de mis compañeros de clase, en su mayoría sumidas en un silencio reticente, rencoroso, despreciativo, que de pronto encontró su grito cuando las primeras “expediciones punitivas” esgrimieron puñales y machetes. Mucho odio y mucho amor: odio codicioso del pobre que siente la fuerza del número y quiere substituir al rico en su prestigio y su bienestar; odio del pequeño rentista empobrecido por la inflación, que quiere defender contra la marea que sube no sólo su renta, sino su mediocre mundo mo-



ral —apolítico, algo ascético, temeroso del escándalo— y su pequeña cultura encastillada en los clásicos, amenazada por cualquier audacia filosófica o aun sólo estilística; odio del nuevo rico, especulador de guerra, que no quiere soltar la presa y ostenta su lujo como un cetro o una corona (“tiburón”, lo llamaban entonces)... Se trataba de un odio tangible, porque estaba ligado a situaciones materiales, y los sociólogos lo pueden medir. Por eso sabemos que la guerra lo había agigantado y lo había acostumbrado a pensamientos de muerte.

El amor es más difícil de medir, porque él mismo no mide, ni se dirige a lo medible. Pero lo recuerdo tan concreto e intenso como ese odio; y él también había salido renovado de la guerra: amor de los voluntarios (estudiantes, clase media) que habían muerto en el frente por una mítica patria; amor del que tiró el fusil y fue ejecutado por haber gritado “¡hermano!” al que hablaba otro idioma del otro lado de las trincheras; amor de los desertores, de los inválidos que habían luchado contra la guerra y habían ido a la cárcel para que no murieran los demás; amor de los que se indignaban por la injusticia, que denunciaban a los parásitos y, trabajadores manuales o intelectuales, organizaban huelgas y preparaban una revolución que no llegó. Este amor, a veces, por haber sufrido la guerra, se parecía al odio; pero quien pasaba suficientemente cerca (yo pasé muy cerca con mis once años) lo reconocía. Hay documentos de ese amor que ignoran los sociólogos: por ejemplo, las cartas que escribían desde el frente muchos que murieron en la guerra y que Omodeo, un filósofo amigo de Croce, recogió y publicó con piadosa reverencia. Hay otros, estudiados sí, pero no plenamente valorizados, como los fríos registros de la gigantesca cooperativa de consumo que el municipio socialista de Bolonia organizó durante la guerra para alimentar correctamente a la población y que, en la post-guerra, en relación con las cooperativas agrícolas de Molinella, iba eliminando el comercio privado, perfilándose como pacífico instrumento de transición en medio de la crisis cada vez más violenta. (Se hacían canciones en que figuraba el “pan del alcalde”: los dueños de los grandes almacenes apretaban los puños y los terratenientes estaban llenos de rencor...)

Más episodios de ese amor: la llegada a Bolonia de los niños de Viena, víctimas inocentes de la honda crisis económica provocada en Austria por la pérdida de la guerra, acogidos por la ciudad y las familias, mientras los suyos —allá— se recuperaban; la estrategia intuitiva de esas mujeres que se tendían en los rieles para que no llegaran a los puertos de embarque las tropas que el gobierno italiano enviaba a Albania, a reforzar una ocupación que por esa misma resistencia tuvo luego que abandonar... Hablo de lo que conozco directamente o casi, porque el aire, ya entonces, estaba lleno de consignas que, simplificando, desfiguraban, y, en la pasión, odio y amor, interés egoísta y abnegación, se



confundían, como siempre en los momentos incandescentes de la historia.

El problema central —que era el del socialismo y de sus relaciones con la vida institucional europea que tenía en la revolución francesa su punto de partida— se había planteado en todos sus términos ya antes de 1914; pero la guerra y la revolución rusa, aún no sedimentadas, habían exasperado las polarizaciones y, a la vez, enturbiado la atmósfera. Sólo más tarde, vistas a cierta distancia y a través de sus primeras consecuencias, realizaron una acción esclarecedora.

## II

### VIOLENCIA Y ESPIRITU DE CLASE

Pero uno de los frutos de la guerra se vio inmediatamente y no necesitaba ser explicado, pues su carácter primario y casi biológico lo hacía inmediatamente comprensible: el tigre dormido en cada ser había sido despertado y entrenado para matar; había matado y había recibido por ello embriagadoras ovaciones. Se trataba ahora, pues, de un tigre despierto y cebado.

El rasgo más inmediatamente visible en el fascismo anterior a la "Marcha sobre Roma" y que, sin ser una definición, apareció como su principal característica diferencial, fue la crueldad impasible y antihumana de sus métodos de lucha. Se le consideró al principio un subproducto de la guerra, más o menos como hoy consideramos la delincuencia infanto-juvenil. El mismo movimiento fascista subrayó esa continuidad al adoptar símbolos —camisa negra, calavera, llamas negras— y armas —el puñal—, de unos cuerpos de voluntarios del ejército italiano, organizados durante la contienda, llamados "gli arditi" (los audaces), que eran empleados en las empresas bélicas más arriesgadas y, llegada la paz, trataron por un tiempo de mantener su cohesión, incapaces muchos de ellos de readaptarse a la vida normal, después de tanta sangre, tantas promesas y un alejamiento tan prolongado de todo trabajo creador. Se trataba, por otra parte, de elementos ya de por sí anormales, que fueron absorbidos por el fascismo, junto con sus emblemas, en su casi totalidad. Sentirse dueños de vidas ajenas, producía en tales elementos una embriaguez sobrehumana, para la cual parecía que valiera la pena arriesgar la vida propia y arrojar por la borda el caudal enmohecido de la moral tradicional.

Ayudó a hacer confluir en el fascismo los "residuos de guerra" de este tipo el hecho de que la nueva corriente se presentara como un movimiento reivindicador de los valores atribuidos a un conflicto que el pueblo italiano no había querido ni sentido, y que tratara de sembrar, entre las esperanzas de un socialismo



que grandes multitudes deseaban inminente, las amarguras de una victoria inútil, de una paz perdida.

Cuando esos mismos métodos inhumanos siguieron siendo empleados, a partir de octubre de 1922, por el fascismo hecho gobierno, muchos, que habían acompañado al movimiento, llevados por un patriotismo de tipo tradicional, y habían transado con sus métodos en la esperanza de que el sadismo degradante de las expediciones punitivas no fuera más que una consecuencia transitoria de la guerra, se dieron cuenta de que la utilización de la delincuencia desatada por la contienda no tenía nada de circunstancial ni transitorio, sino que obedecía a causas profundas y respondía a caracteres substanciales del fenómeno.

El hecho notable, y que no he visto verificarse después, en las derivaciones que el triunfo fascista tuvo en otros países (pienso, como ejemplo, en el peronismo argentino), es que, si los intelectuales se engañaron al tratar de definir el fascismo y juzgaron como esenciales rasgos secundarios, variables o aparentes, los obreros industriales y los campesinos captaron inmediatamente, aunque a veces en forma elemental y esquemática, su núcleo substancial, al considerarlo un movimiento conservador al servicio de las patronales, y fundamentalmente antisocialista. Había sí, también en este juicio corriente en los medios obreros, algo que correspondía a aspectos transitorios, que el aparato del partido, hecho gobierno, se encargó de eliminar más tarde, en un mundo cambiado. Pero esas mismas adaptaciones posteriores demostraron cuánto más cerca de la verdad estaban los que habían visto inmediatamente en los "camisas negras" a los enemigos de las cooperativas, de los sindicatos, de las autonomías municipales y, en general, del socialismo, que aquellos estudiantes borrachos de "gloriosas tradiciones", aquellos sindicalistas sorelianos, aquellos republicanos y anticlericales, que creyeron en los sucesivos programas que el fascismo estructuró, proclamó, agitó como banderas, antes de llegar al poder.

En efecto, si los programas variaban en cada congreso y al azar de los acontecimientos, los hechos en cambio hablaban un lenguaje muy claro y seguían una línea sencilla y constante. El fascismo fue esencialmente el producto de un miedo feroz de todos los que gozaban de una situación más o menos estable no relacionada totalmente con un trabajo productivo, o de un prestigio basado en una escala tradicional de valores, frente a la incógnita de una revolución que parecía inevitable. El pueblo, en la calle, borracho de una esperanza vaga, cantaba "¡Queremos hacer la Revolución! ¡Viva el Socialismo y la Libertad!" Y el fascismo surgió contra el socialismo y la libertad, surgió como "contrarrevolución preventiva". (1) A la hoz y el martillo opuso

---

(1) *Contrarrevolución preventiva* es el título de un libro sobre el fascismo, escrito por Luigi Fabbri y publicado en Bolonia en 1921.



el machete y la calavera, en consciente desafío. Su emblema oficial, más refinado, era el haz lictorio romano, símbolo de autoridad, vinculado a la vez con la tradición revolucionaria siciliana (había habido unos "fascios" proletarios en la breve historia de la isla después de su incorporación al reino de Italia) y con los recuerdos del imperialismo antiguo. El mito de Roma, tan ambiguo, que ya en la Edad Media podía ser utilizado a la vez por Federico Barbarroja en sentido absolutista y por las comunas que combatían contra él en el sentido de las autonomías municipales y de la democracia directa, fue ampliamente usado para atraerse al sector juvenil, generalmente nacionalista, de la clase media culta y para la exportación. La valorización de la victoria en terreno internacional estaba basada en un supuesto carácter latino del Mediterráneo ("mare nostrum") que no carecía de seducción para las derechas españolas y francesas; y para esa idea-fuerza, que podía ser aprovechada tanto en sentido monárquico como republicano, el haz lictorio pareció el signo más adecuado. Con él se hicieron las escarapelas (vulgarmente llamadas "chinchas") que distinguían a los miembros civiles del partido. Pero los "Camisas Negras" que formaban las bandas irregulares fascistas, oficializadas después de 1922 con el nombre de "Milicia Voluntaria para la seguridad nacional", usaban la escarapela con la calavera. Sus cantos, profundamente grabados en la memoria de los italianos que tienen mi edad, junto con el ruido seco de los tiros y los gritos de los apaleados, no mencionaban a Roma eterna, sino que eran de este tipo:

“¡A las armas,  
a las armas! somos fascistas.  
Palos a los socialistas,  
y, para emparejar,  
palos a los populares,  
y, como complemento,  
palos al parlamento.  
Palos,  
palos, siempre palos,  
palos, palos, palos,  
palos en cantidad!

Los populares constituían el partido católico, no precisamente de izquierda, sino algo molesto para los grandes terratenientes, industriales y comerciantes del Norte, por disponer de importantes fuerzas sindicales y de muchas cooperativas.

El más serio de los historiadores fascistas, Gioacchino Volpe, en su "*Histoire du mouvement fasciste*" (Ed. Società poligráfica italiana. Roma), cuya segunda edición se publicó en Italia, pero en francés, a fines de 1934, no puede negar este carácter clasista



del fenómeno por él no imparcialmente estudiado, aunque pasa sobre ese aspecto como sobre ascuas. Dice, por ejemplo, a propósito de las elecciones de mayo de 1921, a las cuales el partido fascista se presentó formando bloque con las fuerzas conservadoras tradicionales:

“La lucha electoral fue muy agitada. Muchas sedes sindicales fueron devastadas. El comité fascista central opuso a las violencias antifascistas la orden de ejercer represalias inmediatas e inexorables, aunque Mussolini dos meses antes había expresado su deseo de una tregua. Mussolini tuvo entonces la impresión de que los fascistas habían rebasado el límite. En realidad, en las provincias, los jóvenes de los Grupos de acción (en italiano “Squadre d’azione”, de donde el nombre de “squadristi” para los Camisas negras. l. f.) estaban absorbidos por la lucha y, por otra parte, se podía observar el influjo que sobre ellos ejercían ciertos elementos de la sociedad, interesados en destruir para siempre, no sólo el partido socialista, sino también la organización económica que en él se apoyaba. Es claro que el abismo existente entre los fascistas por un lado y por otro los socialistas y la misma Confederación General del Trabajo, no hizo sino ahondarse.” (p. p. 60-61.)

Se trata, como es natural, de una visión de los hechos presentada muchos años después, cuando esos Grupos de acción habían sido legalizados, por un historiador conformista, cuya mayor preocupación era justificar, desde su propio punto de vista, al jefe todopoderoso. En mayo de 1921, esos “elementos de la sociedad interesados en destruir al partido socialista” de los que el historiador Gioacchino Volpe habla un tanto al pasar, eran o parecían ser los verdaderos dueños de la situación: corrían con los gastos y consideraban a los Grupos fascistas de acción como instrumentos a su exclusivo servicio, empleándolos en incendiar cooperativas, que moderaban las ganancias (suculentas en una post-guerra “normal”) del comercio privado, en destruir locales sindicales, en matar a organizadores obreros y en apalear a huelguistas.

Este tipo de acción violenta, a menudo sádica, orientada contra las realizaciones de la clase obrera y contra los intelectuales considerados de izquierda, constituía lo único concreto y materialmente visible del movimiento fascista, a través de sus continuos cambios de ideología. Y es aún allí, en esos hechos siniestros, iluminados por toda la experiencia posterior, que hay que buscar hoy la substancia y la definición del fascismo.



### III

## DE LA PLAZA DEL SANTO SEPULCRO AL TOTALITARISMO

Con un conflicto que el 21 de noviembre de 1920 estalló en Bolonia entre socialistas (que acababan de ganar las elecciones municipales) y fascistas (decididos a impedir la instalación del nuevo Consejo), el terror, ya habitual en las calles, empieza a adquirir un carácter sistemático y planificado. Doménico Saudino, en su libro sobre "*Génesis del fascismo*" (Chicago, 1933) observa que, durante ese año 1920, la acción de los Camisas Negras, que, en el año anterior, había tenido un carácter esencialmente político, dirigiéndose contra el socialismo como partido, se orientó en cambio hacia la destrucción de los organismos económicos creados para la defensa de los explotados (sindicatos, ligas campesinas, cooperativas) y aptos para preparar el cambio que parecía inminente.

No creo que haya habido un viraje en sentido clasista, como piensa Saudino; creo que, desde el comienzo, el fascismo tuvo ese carácter clasista. Sus adversarios directos lo reconocieron y los fascistas mismos, si eran miembros de los Grupos de acción, lo sentían. Se injertaron, por otra parte, en una lucha que estaba ya planteada, llevando a ella unos *slogans* cambiantes y un método inédito, de violencia brutal y fría, empleada como instrumento y solo por añadidura como placer, siendo fruto, no de una pasión, sino de un miedo y de un cálculo. Esto es lo que distingue esta violencia represiva de la violencia revolucionaria, apasionada, a menudo ciega, a veces injusta, pero que quiere construir, se dirige hacia el porvenir y es impulsada por el amor a los demás. Esta última puede ser negativa (si se prolonga más allá del momento insurreccional casi siempre lo es), pero no puede ser identificada con la primera, hija del miedo de perder lo que se tiene, del odio hacia todos los que suben o quieren subir.

Saudino, en el libro mencionado, cita algunos ejemplos, acompañados por una abundante documentación fotográfica, de esta típica violencia transformada en sistema, con la complicidad de un gobierno que era débil y se creía astuto.

Las bandas fascistas, compuestas por desechos de guerra, desocupados permanentes, jóvenes amorales sedientos de emociones, estudiantes borrachos de nacionalismo y de vagos sueños de grandeza y de imperio, estaban acaudilladas por ex-oficiales y por hijos de terratenientes, industriales y comerciantes.

Estos últimos, es decir los padres, pagaban los gastos y sonreían con complacida indulgencia. Acompañaban esa sonrisa las autoridades locales. Los "muchachos" tenían buenas armas y rápidos medios de locomoción, que les permitían concentrarse y



caer en gran número sobre el blanco elegido. Así fueron conquistando Italia, ciudad tras ciudad, aldea tras aldea, en parte antes, en parte después de la "Marcha sobre Roma", que tiene verdadera importancia sólo en la historia institucional, pues no marca ningún cambio radical en el proceso que estamos sintetizando. El asesinato del organizador de campesinos de Pincara, asaltado en su casa de noche por más de cien fascistas y muerto a la vista de su familia, no es distinto, en esencia, de la ocupación del barrio florentino de San Frediano por fascistas respaldados por la Guardia Real, la infantería, los carabinieri y dos tanques, ni de la matanza de Roccastrada (julio 1921) en la que perecieron nueve personas, entre las cuales un viejo de 68 años muerto en presencia de su hija, ni de los atroces episodios del diciembre de 1922 (dos meses después de la Marcha sobre Roma) en Turín (1), ni del

---

(1) Veamos como ejemplo, el relato que de esta matanza de Turín hace D. Saudino:

"La primera víctima fue un organizador: Carlos Berrutti. Arrestado en su casa, se le hizo subir a un coche y se le llevó a las murallas. Allí se le hizo descender. ¡Camina! —ordenaron los asesinos. Seis tiros de revólver, y Berrutti caía en un lago de sangre.

Poco después, el mismo coche se detenía frente a la casa de Cesare Pochettino y de su amigo Zurlatti, dos hombres que no militaban en ningún partido, pero conocidos por sus simpatías socialistas. Llevados fuera de la ciudad, fueron alineados al borde de una cuneta, y muertos a tiros. Mientras tanto, otros grupos cumplían triamente idénticos delitos.

Mateo Chiofalo, conductor de tranvía, fue sorprendido en la mesa, y asesinado por los fascistas en presencia de su esposa y de un hijo pequeño. El ferroviario Anicón fue obligado a levantarse de la cama para salir a la calle, donde fue muerto. Su esposa y su hijo fueron echados de su casa esa misma noche; los muebles, tirados por la ventana y regados con kerosene, fueron quemados.

De tarde, el núcleo principal de las fuerzas fascistas estaba reunido en torno a la Casa del Pueblo, custodiada por la Guardia Real. Como siempre, ésta recibió orden de retirarse frente a los Camisas negras, que entraron en el local tirando bombas de mano. Los pocos empleados que a esa hora se encontraban en las oficinas, fueron maltratados sin misericordia. Luego, empezó la destrucción. Alimentado por el viento, por bidones de nafta, y por bombas incendiarias, el fuego redujo en poco tiempo el espléndido edificio a un enorme brasero, alrededor del cual los fascistas trezaban, como atacados de delirio, una danza infernal.

Pedro Ferrero, un obrero, secretario de la Sección de los metalúrgicos, llegó al lugar. Reconocido, fue rodeado, golpeado, pisoteado. Se gritaba: "Colguémoslo!". Otros aullaban: "¡Tírenlo al fuego!" Hicieron algo peor. El moribundo fue atado por los pies a un camión, arrastrado así por el Corso Víctor Manuel II, y abandonado al fin a los pies de la estatua del rey. Su cadáver estaba desfigurado hasta tal punto, que ni la hermana ni los amigos lo pudieron reconocer.

La serie de los asesinatos de ese oscuro diciembre se cerró con los nombres de: Andrés Chiosso, linchado bajo la mirada de la abuela, loca de terror; de Mateo Tarizzo, volteado a tiros de rifle; de Herminio Andreoni, muerto a la vista de su esposa; de Evasio Becchio, León Mazzola, Juan Massaro y Angelo Quintaglié, ex-carabiniero, deshecho a puntapiés, a golpes de bastón y de pistola por el crimen de haber deplorado el asesinato de Carlos Berrutti.

El jefe fascista Brandimarte, en un reportaje publicado en *Il Secolo* del 20 de diciembre de 1922, declaró que él mismo había dado esas órdenes y organizado esos delitos. "para infligir una terrible lección a los revolucionarios de Turín". De una lista de 300 revolucionarios —dijo él— hemos elegido a 24 y se los hemos confiado a nuestros mejores equipos para su punición. Observándosele que la lista oficial de los muertos era sólo de 14, Brandimarte contestó que el Po quizá restituiría los cuerpos de los demás, a menos que se encontraran en algún pozo o barranco, o en los bosques de las colinas de Turín; menos dos que habían conseguido huir.

Inútil decir que ninguno de los responsables de la matanza fue arrestado. Y esto no basta: la esposa de Quintaglié, que insistía con las autoridades para el procesamiento de los asesinos de su esposo, fue amenazada por los fascistas y obligada a dejar la ciudad, abandonando un trabajo que le permitía ganarse el pan para sí y para sus hijos".

(Domenico Saudino. *Isotto il segno del Littorio. Genesi del fascismo*. Chicago, 1933, pp. 37-39).



asesinato de Matteotti, que, llevado a cabo por orden de Mussolini dos años después, se convirtió en un símbolo-resumen de la metodología fascista. La supresión violenta del diputado socialdemócrata José Di Vagno, en la provincia de Bari en setiembre de 1921, no difiere substancialmente de la del candidato socialista Antonio Piccinini, llevada a cabo en Reggio Emilia, en febrero de 1924, ni de la de Gaetano Pilati, que tuvo lugar en Florencia en octubre de 1925: el partido dueño ilegal de la calle y el gobierno de partido (que se encaminaba por esa vía a ser gobierno de partido único) se comportaban igual.

Entre uno y otro de estos ejemplos elegidos al azar, el martilleo de la violencia fría, de la crueldad empleada en sí misma como instrumento de intimidación, ha tenido una continuidad aterradora. Mientras existieron penosamente, entre un secuestro por las autoridades y un incendio por los Camisas negras, algunos diarios y periódicos independientes, en cada uno de sus números se daba noticia, no de uno, sino de numerosos casos de violencias del mismo tipo.

La fecha que marca la legalización más o menos completa de la acción fascista no es la de la toma del poder, sino el 3 de enero de 1925, día en que Mussolini pronunció el decisivo discurso en que asumía la responsabilidad del asesinato de Matteotti y de los demás episodios de la misma clase que habían jalonado su marcha hacia el poder absoluto. Es la fecha de nacimiento del totalitarismo, cuyo proceso formativo, sin embargo, requirió aún cierto tiempo. El hecho de que la violencia adquiriera un carácter legal y fuera ejercida por la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional, incorporada a la fuerza pública y equiparada al ejército, o, en terreno jurídico, por un Tribunal Especial, no la hizo disminuir en forma sensible, mientras no fueron creados todos los resortes de un contralor capilar de la vida nacional, desde el cierre de las fronteras al restablecimiento de la pena de muerte, desde la nueva Constitución que abolía el sistema representativo y reducía las elecciones a la ratificación de una lista única elaborada por las altas jerarquías del Partido identificado con el Estado, hasta el contralor de la economía (con tendencia a la nacionalización) a través de las Corporaciones y del Instituto de Reconstrucción Industrial.

Con todas estas medidas y muchísimas más —que requerirían otro estudio, sobre el "Totalitarismo fascista" (la palabra es invento de Mussolini)— comienza un segundo período de la historia del fascismo, período en que la definición clasista del fenómeno entra en crisis, como veremos. Pero, cada vez que acontecimientos internos o externos sacudieron poco o mucho las bases del régimen (guerra de Etiopía, guerra de España, conflictos con la Iglesia, vicisitudes de la segunda guerra mundial, república de Saló), la violencia de los camisas negras volvió a desencadenarse sobre Italia con los caracteres ya tradicionales de sadismo frío,



acentuado en los últimos tiempos por el ejemplo y la colaboración de las S. S. alemanas (1).

El fenómeno fascista tiene demasiada importancia para que se pueda reducir su definición a esa clase especial de violencia; pero es también evidente que con esta última deben estar necesariamente relacionadas sus causas profundas.

El período anterior a la Marcha sobre Roma y el de los primeros años de gobierno fueron los más ricos en matices y por lo tanto en definiciones distintas y a menudo contradictorias.

Entre estos matices, entre estas características, entre estas definiciones parciales, todas valederas para un momento, un sector o un lugar, hay que distinguir sin embargo lo permanente de lo circunstancial, lo esencialmente real de lo aparente.

#### IV

### EN BUSCA DE UNA IDEOLOGÍA: NACIONALISMO Y RACISMO

Es evidente que no importa mucho que el fascismo haya sido republicano, luego monárquico, luego republicano otra vez; que haya sido descreído o católico según los momentos o las regiones; que sus autores predilectos hayan sido sucesivamente Sorel, Nietzsche a través de D'Annunzio, Marinetti, Machiavelli, William James, Hegel a través de Gentile, De Maistre y, al final, el conde de Gobineau.

*Gioacchino Volpe*, en el libro ya citado "*Histoire du mouvement fasciste*" así lo reconoce:

"En 1922, el Partido Fascista es la fuerza organizada más importante del país. Sus adversarios no cesan de afirmar que el programa fascista tan indeterminado, no es un programa. Estos razonadores sutiles, estos hábiles constructores de ideologías confundieron la filosofía con la vida y olvidaron que pasiones y sentimientos son, a menudo, ideas en formación y, en todo caso, tienen el poder de crear *hechos que expresan en sí mismos algunas ideas*...

[Con el fascismo] se ganó unidad y disciplina, se ganó una confianza de los adeptos en su propia obra, que llegaba casi a ser fe. El Fascismo se atribuía, ya no simplemente finalidades, sino una misión... y comenzó a tener mitos... El Jefe se elevaba cada vez más por sobre la masa de los adeptos... Su manera

---

(1) Para documentarse acerca de ese aspecto, que, en el fascismo, es mucho más fundamental que en otros movimientos, véanse, además del libro mencionado de Saudino: Gaetano Salvemini: *La terreur fasciste*, París, Gallimard, 1929 y Pietro Nenni: *Six ans de guerre civile en Italie*, París, Valois, 1930.



de hablar era una acción, puesto que se apoderaba del alma de sus oyentes y sabía levantarla hasta ese estado emotivo que está cerca de la acción, que es sinónimo de acción. Renegaba de la elocuencia "vacía, palabarrera, insubstancial" de los demócratas, para atenerse a una oratoria fascista por excelencia, es decir desnuda, áspera, franca y dura: nunca se detenía en detalles, no seguía la crónica diaria, sino que evocaba visiones, indicaba un camino... Mantenía en sus adeptos la psicología militar... En lugar de discusiones: *crear, combatir, obedecer*. Difundía alrededor de él una especie de intolerancia, casi de desprecio, por los hombres demasiado sabios, demasiado inteligentes..." (pp. 87-91-passim.) En páginas anteriores, G. Volpe había hecho mención del espíritu individualista de Mussolini, que le hacía considerar a las masas con cierto desdén.

En otras palabras, no hay en el fascismo más ideología que un vitalismo bastante vago (la vida no es teoría), que llega a identificarse, a nivel periodístico, con un "historicismo" que no es más que la divinización del hecho consumado. Un partido militarmente organizado, que no tiene programa, sino mitos, no es y no puede ser más que un instrumento de poder. Volpe lo siente, pero no lo dice. Se lo hace decir al mismo Duce, citando su artículo *Relativismo y Fascismo*, publicado en el *Popolo d'Italia* del 22 de Noviembre de 1921, en el que se menciona a Nietzsche y a su "Wille zur Macht" para afirmar que "el Fascismo es la más formidable creación de una voluntad de poder individual y nacional" (ídem, p. 91).

Aquí nos acercamos al fondo del asunto: voluntad de poder individual y nacional.

Individual, sí: Mussolini se consideraba una encarnación del Príncipe de Machiavelli y, como tal, se sentía "por encima del bien y del mal". Nacional, ya es distinto. Si hay un fenómeno internacional, éste es el fascismo, que, en Italia, para mantenerse como partido, entregó la península a Hitler (como hicieron por otra parte, los fascistas de los demás países europeos: Austria, Francia, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Checoslovaquia, Noruega, etc.). Hemos visto que, en el primer período, su carácter más visible es más bien la defensa del capitalismo, que sólo en superficie es fácil de conciliar con la "defensa de la patria". Y sin embargo, en todas partes, el fascismo, no solamente logró presentarse como la expresión más cabal de la pasión nacional agresiva y resentida, sino que también consiguió utilizar a grandes contingentes juveniles, fáciles de entusiasmar con esa vaga voluntad colectiva de poder que es el nacionalismo, visto y experimentado en las plazas como afirmación activa, rodeado por un halo de poesía épica, de gloria, de voluptuosa violencia.

En Italia, el movimiento fascista, sacrificando algunas de sus consignas más audaces, se fusionó, antes de llegar al poder, o, mejor, para llegar al poder, con el viejo y conservador Partido



Nacionalista, como anteriormente había logrado incorporarse a muchos de los "arditi", de los ex-combatientes, de los ex-legionarios de la expedición de D'Annunzio a Fiume. Todos estos elementos contribuyeron a debilitar el tono "soreliano" del fascismo de la primera época y a intensificar el tono "nacional".

Tuvo que llegar la ocupación alemana para que el fascismo fuera sentido a su vez como "antinacional" y debiera enfrentarse a una resistencia armada que se inspiraba en parte en ideales patrióticos. Y sin embargo, los brotes neo-fascistas de post-guerra vuelven a esgrimir los viejos slogans nacionalistas. El nacionalismo, pues, dista mucho de constituir la esencia del fascismo, pero parece ser la más importante de sus ideas-fuerzas, de alguna manera relacionada con su esencia verdadera. Sólo el naci-fascismo, que es el único fascismo que haya construido, aunque en forma efímera, el imperio que Mussolini soñaba, encontró el puente entre la patria y el mundo, desplazando el acento del nacionalismo, que sin embargo conservó como bandera, al racismo, más universal en el sentido geográfico de la palabra. También el antisemitismo fue, en las manos de Hitler, un simple instrumento, como la nación o el imperio romano en las manos de Mussolini. Así lo reconoció, por lo menos para el neonacismo actual en Inglaterra y América Latina, el Presidente del Congreso Judío Mundial, Israel Sieff, en una conferencia que dictó recientemente en Londres (noticia de los diarios del 2 de diciembre de 1962). Pero ambas pasiones, la nacionalista y la racista, que son impulso ciego, irracional, de envidia y odio, están enlazadas íntimamente con las raíces más profundas del naci-fascismo, esas raíces que rebasan en profundidad el clasismo capitalista, es decir la tendencia a conservar el capitalismo entendido en su significado tradicional, meramente económico.

Sabemos que los mismos fascistas, al tomar el poder en 1922 en Italia, en nombre de su auténtico antisocialismo, se sintieron abanderados del capital y de la empresa privada, pudiendo aprovechar así, al servicio de su odio de partido, la gran potencia que la reacción antisocialista del capitalismo italiano ponía en sus manos. Pero su espíritu antiliberal y antidemocrático acabó por revelarse más esencial aún que su espíritu antisocialista, con el que por otra parte, se identificaba. Por su lado, las fuerzas de la burguesía capitalista compartían y apoyaban ambas actitudes, pues usaban el ambiguo término "liberalismo" sólo en su sentido menos valedero, el económico (para el que, sin embargo, se prefiere, en Italia, la palabra "liberismo"), pero pedían, contra las clases desposeídas, una violencia legalizada de tipo absolutista.



## TOTALITARISMO Y VOLUNTAD DE PODER ITALIA Y ALEMANIA

Eso se vio claramente a raíz de la crisis económica que las tentativas deflacionarias del régimen provocaron a partir de 1926, anticipando así, en la península, la gran crisis mundial de 1929. No se puede decir, naturalmente, en qué proporción los aprietos del gobierno fascista en este terreno contribuyeron al proceso que llevó al régimen a hacerse y autodefinirse totalitario. Vimos antes que la reacción popular producida por el asesinato de Matteotti había sido, ya a principio del año 1925, un factor determinante en el mismo sentido. Pero es indudable que ese proceso se acentuó, especialmente en terreno económico, bajo la presión de la crisis del sistema de precios y salarios, que, al adquirir carácter mundial, contribuyó a su vez a la expansión del fascismo. El nazismo alemán tiene en ese momento su punto de partida cronológico; y eso explica algunas de sus particularidades diferenciales, por ejemplo, sus consignas anticapitalistas, que no impidieron el apoyo que le otorgó el gran capital, no sólo alemán, sino internacional.

El fascismo alemán, pues, con el nombre significativo de nacionalsocialismo, repitió la experiencia italiana en una atmósfera bien distinta: un poderoso ejército derrotado y humillado, un capitalismo acostumbrado a dominar mercados y reducido a la quiebra por el pánico internacional y la presión interna que se sumaban a las consecuencias de la derrota, el complejo de inferioridad que esta última había hecho nacer en las clases dominantes y que se agregaba a su tradicional complejo de superioridad agudizándolo, la desocupación... La república de Weimar había sido una frustración y había demorado el proceso; mientras tanto la revolución rusa se había estabilizado en un plano absolutista y, en todas partes, los partidos comunistas, que habían crecido al lado de los enormes y burocratizados partidos socialistas, adquirirían un inédito carácter estratégico.

Todas estas nuevas realidades, nucleadas por las sobrevivencias de un gigantesco aparato militar, desarticulado e intoxicado por la guerra perdida y una revolución a medias, pero no destruido, le dieron al nazismo sus caracteres típicos que lo diferencian, en superficie, del fascismo italiano.

A pesar de estas diferencias, la naturaleza profunda de los dos fenómenos es la misma: ella consiste en la voluntad de poder de fuerzas sociales que habían dominado por mucho tiempo y se sentían amenazadas de muerte. No teniendo ya resortes propios en una sociedad dislocada por la guerra y en proceso de transformación rápida, desordenada y violenta, estos grupos recurren



al terror contra sus adversarios, recurren a lo irracional para granjearse adeptos.

Dije fuerzas sociales y no clases. En efecto, si la clase capitalista está definida por la empresa privada propietaria de los medios de producción y por lo tanto factor determinante de la vida económica de un país, no se puede decir que el nazismo, o el fascismo a partir de 1928, hayan sido en sus manos un simple instrumento. Los capitalistas de todo el mundo lo creyeron así, y contribuyeron a la financiación de ambos movimientos, pero, después de las primeras experiencias, muchos Thyssen hubo en Alemania —como poco antes los había habido en Italia— que, buscando servidores y sicarios, habían encontrado a un amo, para el que los resortes económicos eran armas esencialmente políticas.

En ese momento se vio claro que, para seguir definiendo al fascismo como fenómeno clasista, había que modificar algo el concepto mismo de clase social, dándole un sentido no exclusivamente económico y rebasando también los caracteres inherentes al "prestigio", que es el otro factor que ahora se tiende a tener en cuenta al lado de la renta, como criterio discriminatorio. (Con esta idea de que el deseo de obtener o conservar el "prestigio social" es un estímulo tan importante, para la actividad positiva o negativa del hombre, como la simple ansia de poseer, se ha dado un buen paso hacia la solución del problema que nos preocupa, y de muchos otros, pero solo un paso).

No creo que se pueda entender hasta su mismo fondo al fascismo, ni a ninguno de los grandes acontecimientos de nuestra época, sin ampliar el criterio que se utiliza para la división teórica de los hombres en clases. Si, para esta discriminación, nos basamos, no en el nivel de vida sino en el grado de poder, todo se vuelve mucho más simple y claro.

Mientras la división entre explotadores y explotados es difícil de hacer, puesto que la mayoría de la población pertenece, en alguna medida, a ambas categorías (piénsese en el porcentaje de burocracia semiparasitaria que tiene el Uruguay), la otra, que se establece naturalmente entre los que ocupan los puestos-clave en la vida de relación y todos los demás integrantes de la sociedad, salta a la vista del hombre de la calle. Burnham, en su libro *"La revolución de los directores"*, quiere reducir esta segunda clasificación a la primera —que es la tradicional— observando que los técnicos de la organización y no los dueños del capital son los que, en nuestra época, tienen acceso a la propiedad real. Esto es cierto, hoy, en las grandes líneas, como, en las grandes líneas, era cierto ayer que los dueños de los medios de producción tenían el poder real en sus manos. Pero, ayer como hoy, se hubiera podido decir que el contralor de un sector de la producción no es más que uno entre tantos instrumentos de poder y que todos los que detentan este último, aun encontrándose en



permanente conflicto recíproco, están ligados por una fundamental solidaridad, que se hace consciente en los momentos en que el resto del conjunto social, que el fascismo llamaba "masa amorfa", se vuelve peligroso para ellos.

Se ha afirmado muchas veces en estos últimos tiempos que el estado contemporáneo, con todas sus atribuciones correspondientes a organismos ramificados, es en sí una clase social. Y esto es cierto, no sólo en los regímenes totalitarios, sino también en los plutodemocráticos, en los cuales, sin embargo, para que la definición de la clase dominante sea completa, hay que incluir en ella, al lado de los equipos dirigentes de la administración pública (ejército y policía inclusive), a los de las empresas privadas, de los partidos, iglesias, sindicatos, instituciones deportivas, etc. La discusión que tuvo lugar, hace dos o tres años, en Inglaterra, Francia e Italia, acerca de la importancia política de los "aparatos" de los grandes partidos y del influjo que ejercen en sus respectivas líneas de acción, es particularmente esclarecedora para nuestro tema, pues nos hace ver bajo una nueva luz la constante histórica del "conservadorismo" y nos explica mejor esa definición del fascismo como "contrarrevolución preventiva", que va a ser para nosotros, al final, su única definición valedera.

Ya dije que, al principio, el fascismo fue interpretado y se sintió a sí mismo como un movimiento de defensa de la clase económicamente privilegiada. La crisis económica de 1929 —que se anticipó en Italia, como vimos— reveló en él y en el nazismo alemán que a raíz de esa crisis llegó al poder, un carácter profundo más general, del que la defensa del privilegio económico no era más que un aspecto y que se resume en el título de la revista teórica del fascismo italiano: *Jerarquía*.

Contra la tradición democrático-liberal que tuvo su afirmación más enérgica en la Revolución Francesa, el fascismo se hace el abanderado del principio de autoridad; su clasismo y su conservadorismo son más políticos que económicos y están dirigidos a defender posiciones, más que posesiones. A través del fascismo de la segunda época y del nazismo, el capitalismo privado se encaminaba a transformarse en un capitalismo de estado, en manos de la misma clase dirigente en cuyo provecho se había llevado a cabo la guerra del 14, resignada a burocratizarse a un elevado nivel, es decir a dejarse absorber por el "aparato" del partido único, salido en gran parte de sus propios cuadros y transformado en el esqueleto mismo del estado.

Como siempre sucede al estudiar un proceso histórico, esta evolución posterior del nazi-fascismo —truncada, acaso solo aparentemente, por la derrota de 1945— nos ayuda a ver mejor sus comienzos. Ese desesperado conservadorismo, agudizado por el miedo a perderlo todo y por el desprecio a las "masas amorfas e incultas", debía darle a la violencia fascista ese carácter frío e inhumano que aún nos sobrecoge en el recuerdo y que volvemos



a encontrar con espanto en sus sobrevivencias y en sus nuevos brotes post-bélicos.

Retener a toda costa el poder cerrándoles a las "masas" el camino para dejar de ser masas, ese fue el programa de la clase dirigente a través del fascismo. Los sindicatos, los ateneos populares, las cooperativas fueron destruidos por el fuego y vieron a sus militantes perseguidos y muertos con saña, más por ser órganos de autoformación y autoconciencia de una "élite" obrera cada vez más extendida, que por amenazar, como amenazaban, el beneficio capitalista. En efecto, después de haberles reprochado, tanto a los partidos socialistas como a la democracia tradicional, la valorización materialista del número, el fascismo impuso al pueblo italiano, sometido por él, una consigna destinada a mantenerlo en la condición de una masa homogénea, que es un instrumento poderoso justamente por su número; es la consigna que los esfuerzos posteriores a la guerra no han conseguido aún borrar de todas las paredes italianas: *creer, obedecer, combatir*.

Inversamente, los sindicatos y los partidos socialistas más burocratizados, donde el individuo y su iniciativa desaparecían y dominaba una minoría erigida en aparato, fueron los que menos resistieron al fascismo y a veces pasaron a incorporársele de la noche a la mañana, acaso no siempre por debilidad y cobardía de sus dirigentes, como se dijo, sino a menudo también por su deseo de conservar el poder y por el obscuro reconocimiento del papel que el fascismo desempeñaba en la defensa de las jerarquías.

El caso de Alemania es más típico que el de Italia a este respecto, porque el proceso de "masificación" de los organismos sindicales y de los partidos estaba allí más avanzado. No se produjo, en cambio, en España, donde tanto la U.G.T. como la C.N.T. actuaron, frente a las fuerzas fascistas, en 1934 y en el trienio 1936-39, no como masas, sino como conjuntos organizados de individuos con voluntad propia.

## VI

### LA CONTRARREVOLUCION PREVENTIVA

Esto no quiere decir que el planteo primitivo, en terreno económico, del problema presentado por el fascismo, no fuera correcto, ya que en la primera etapa las clases económicamente privilegiadas eran las que detentaban el poder y las bandas fascistas que rompían sangrientamente las huelgas eran financiadas por ellas y protegidas más o menos clandestinamente por las "fuerzas del orden" de un gobierno que respondía a sus intereses. Mussolini no volteó ningún gobierno, ni llevó a cabo ninguna revolución, sino que fue llamado por el rey (es cierto que entre



las violencias de los Camisas negras en todo el país, pero sin ningún estado de necesidad) para encabezar el ministerio. Y el poder le fue entregado para que defendiera los valores tradicionales: patria, propiedad, orden, familia, religión, jerarquía, contra la *chusma* que, aprovechando a la vez las oportunidades que ofrecía una democracia aún tímida y el terror que la revolución rusa difundía entre los privilegiados, marchaba (o creía hacerlo) hacia la conquista de una igualdad auténtica, no sólo jurídica, sino económica, social, cultural. En ese entonces todos pensábamos que el acento estaba puesto en lo económico; hoy, evocando, después de cuarenta años, mis recuerdos de niña, veo clara la importancia que tenía, no sólo para sus protagonistas, sino también para sus alarmados observadores, el espectáculo de esas bibliotecas nocturnas municipales, llenas de obreros discutidores y estudiosos, que leían libros de historia, de sociología, a veces de filosofía, con la intención de capacitarse, no para abandonar el trabajo manual, sino para realizarlo mejor y, además, para expresarse a sí mismos y entablar el diálogo con ventaja. Ese tipo de ascenso social daba miedo e infundía odio: un miedo y un odio parecido al que experimentan las minorías blancas por las mayorías negras en ciertos estados de origen colonial. La hostilidad racial, fácil de despertar en un plano irracional en individuos y grupos débiles que sufren complejos de inferioridad, es, en sus manifestaciones masivas, un simple disfraz del miedo a la igualdad, del miedo a perder posiciones "de poder". En el fondo a la desigualdad y al poder se reduce, muchas veces, el "prestigio social", por lo menos como ilusión.

Ahora, que hemos asistido al ciclo completo, cerrado por la derrota en la guerra, sabemos que fascismo y nazismo estaban en el camino que lleva al capitalismo de estado a través de un absolutismo total, basado en la fuerza pública y el contralor de la economía, pero extendido a todos los demás terrenos: el cultural, el deportivo, el de la distribución geográfica o laboral de la población, el biológico, etc. Más difícil, por tratarse de un terreno ya sólidamente ocupado, se reveló el absolutismo religioso, que dio lugar a una tensión de carácter permanente en lo profundo y a toda una problemática conflictual de la que, en 1945, no se vislumbraba ninguna solución, ni siquiera teórica. El fascismo italiano trató de emplear la iglesia católica como instrumento y lo consiguió sólo transitoriamente y a un precio muy elevado; el nazismo se esforzó por crear una religión propia, en la que Sigfrido y la sangre germana desempeñaban un papel demasiado vago para imponerse más allá del ámbito del terror; Franco, por tradicionalismo habsburgo-español, ensaya desde hace un cuarto de siglo, con algunos tropiezos, el camino de la adhesión a las altas jerarquías de la iglesia constituida; Perón, cuyo movimiento justicialista constituyó la experiencia más típica, aunque incompleta, de fascismo en nuestra América Latina, empezó como Fran-



co, frente a este problema, y cambió luego varias veces de rumbo, al azar de las circunstancias.

Dijimos que al principio el fascismo es una fuerza de poder en busca de una ideología; pero es una fuerza que ya tiene su ejército, al que se le puede imponer fácilmente cualquier justificación aparentemente racional de lo que hace, pero con dificultad mucho mayor un cambio de mitos. El Jefe divinizado se agrega a los demás dioses, pero demora en suplantarlos y hasta ahora en ningún lado lo ha conseguido enteramente.

Esta dificultad, por otra parte, es inherente a todo poder absoluto, pero toma ahora, en este nuevo tipo de absolutismo, caracteres mucho más agudos que en los tiempos de Barbarroja o en los de Luis XIV, puesto que se quieren, a cualquier precio, y en todos los terrenos, soluciones totales. "Totalitarismo" ha definido Mussolini su régimen, en el momento en que, sobre el modelo del estado ruso surgido, a través de un proceso distinto, de la revolución de octubre de 1917, organizaba su propio absolutismo, sintetizado y rebasado luego por Hitler.

El carácter mismo de esa evidente imitación en los años de la crisis económica mundial, indica en el gobierno fascista el deseo de atenuar, y acaso eliminar, el aspecto privado del capitalismo, que nunca pareció tan endeble como entonces, pero en beneficio de la clase tradicionalmente privilegiada, dócil y maleable en manos del estado fuerte. Para esa transformación del privilegio, hasta se dejó la rienda floja al llamado "fascismo de izquierda", que entusiasmó a grupos juveniles crecidos dentro del régimen sin conocer la existencia siquiera de otros horizontes, pero que reveló muy pronto su peligrosidad para las jerarquías y fue enviado a morir en Etiopía.

Repitémoslo. Nacido en 1919, en atmósfera revolucionaria, el fascismo nunca fue una revolución, aunque haya asumido oficialmente ese nombre, sino, en todo momento, contrarrevolución, en su propia conciencia y en la de sus adversarios. El haber salido de la legalidad, contra sindicatos y cooperativas y manifestaciones y cantos aún encuadrados dentro de la ley, el haber empleado —como dice Volpe— "el espíritu y la técnica de la guerra contra las amorfas masas socialistas" (libro citado - p. 34), no le da carácter de revolución, como no se lo da al movimiento franquista el hecho de haber tomado la iniciativa de sublevarse contra un gobierno legalmente establecido.

El ilegalismo y la violencia de las clases que detentan el poder (que lo ejerzan o no a través del gobierno) y se sienten incapaces de conservarlo sirviéndose del orden jurídico que generalmente ellas mismas han creado, llegan a cualquier extremo de feroz crueldad. Si releemos *El Príncipe* de Machiavelli, veremos que los medios que el secretario florentino indica como necesarios para conservar "el estado" son mucho más "inhumanos", en



el sentido técnico de la palabra, que los que se emplean para adquirirlo.

En la primera fase del fascismo, los dueños y aprovechadores de "la empresa privada" acostumbrados a controlar desde ella lo esencial del proceso histórico en curso, concibieron al fascismo como un arma para conservarla. La segunda etapa empieza, cuando tal conservación aparece como imposible y la clase dirigente se resigna a cambios de estructura que le permitan conservar su posición, aun a costa de utilizar instrumentos de poder distintos de la posesión de los medios de producción. El contralor político-burocrático de esos medios equivale —repito la cita de Burnham— en los niveles superiores, a la propiedad real. A esta altura del proceso, el totalitarismo nacifascista, la burocratización de un capitalismo en crisis alrededor del estado que absorbe sus pérdidas y la cristalización del "aparato" del partido único (incluyendo a los sindicatos oficiales) que tiene al estado en su poder, convergen en la formación de una nueva clase, análoga a la que Gilas más tarde nos había de describir en su libro, como la inevitable consecuencia de la involución dictatorial del socialismo, es decir de su identificación con el capitalismo de estado.

Para captar, pues, los caracteres diferenciales del fascismo, dentro de ese proceso desencadenado por el hambre de poder que lleva al totalitarismo, hay que estudiarlo en su primera etapa, durante la cual crea un estilo fácilmente reconocible, que se repite en casos análogos (falangismo, estalinismo, peronismo, OAS, macchartismo, Ku-Klux-Klan, brotes nacistoides y antisemitas, etc.): esos caracteres definitorios derivan todos de su impulso conservador, contrarrevolucionario antes de la revolución. Crueldad, culto por el superhombre, desprecio por el hombre y su libertad (y el desprecio es en este caso, como el odio que lo acompaña, un pobre disfraz de miedo), el horror como arma, son el fruto y el síntoma de un desesperado agarrarse a un pedestal que se desmorona. Se trata de grupos sociales que ya gastaron los ideales que los llevaron al poder y se encuentran agotados espiritual y físicamente, como todos los sectores de población que han ocupado posiciones de mando, en lo político o en lo económico, durante muchas generaciones y, sobrecogidos por el pánico del derrumbe, se encuentran vacíos de recursos que no sean los de la fuerza bestial. Entre el sadismo nacifascista y "la dolce vita" de post-guerra hay una continuidad. Y, si se quiere una prueba, léase esa primera terrible novela de Moravia, *Gli indifferenti*, que, sin embargo, vuelca el fenómeno, generalizándolo, en el ambiente de una media burguesía en proceso de degeneración, en la que hasta la indiferencia moral no es más que conformismo.

Los oropeles de la existencia parasitaria que llevan los "Indiferentes", aunque se basan, no en una riqueza real, sino en sus apariencias, siguen siendo el signo exterior de una jerarquía. En ese miedo de perderlos, y en las bajezas que de ese miedo deri-



van, están preanunciados, ya antes de la empresa de Etiopía, el encarnizamiento de los "camisas negras" al servicio de la república de Saló y de Alemania en el último bienio de la última guerra, las torturas de Via Tasso en Roma, las muertes lentas y atroces de los hombres de la resistencia colgados por la garganta en los ganchos de las carnicerías...

Difícilmente las fuerzas de cambio, que no luchan, en general, para sí, son tan inhumanas, aunque pueden ser igualmente violentas: el aceite de castor en dosis masivas, suministrado en la calle, después de un apaleamiento, no lo inventó ningún revolucionario. Pero hay que decir también que ese desprecio, aun inconsciente, por las "masas" (la palabra misma tiene origen clasista y despreciativo) que, dentro de una revolución, lleva a la dictadura, es el punto de partida del aparato burocrático a que ésta da lugar y que se vuelve conservador en la segunda etapa y genera al fascismo: es lo que ha pasado con el estalinismo, tanto ruso como exportado. En realidad, en sus últimas fases, el proceso totalitario adquiere homogeneidad, justamente porque es una tentativa de "totalizar" el poder para conservarlo, por parte de una clase minoritaria, económicamente parásita, para la que el "leader" es poco más que un instrumento, y, a la vez, un mito. Ese poder total se diferencia del viejo absolutismo por el hecho de ser más absoluto; y en esta posibilidad de un más y un menos, para algo que por definición escapa al relativismo inherente al hombre como tal, está la contradicción que deja la puerta abierta a la esperanza. La libertad del hombre no puede eliminarse del todo sin eliminar al hombre. Pero, en esta tentativa de omnipotencia, que se concibe mezquinamente como esclavización de los semejantes, se ha llegado tan lejos como para comprometer la misma vida física de la humanidad, a través del dominio de sus resortes más generales por un lado, más sutiles por otro, por parte de aparatos gubernamentales prácticamente incontrolados.

## VII

### EL FASCISMO COMO FENOMENO DE PATOLOGIA SOCIAL

Y bueno, el fascismo es eso: un deseo desesperado de conservar el poder, y, a la vez, un sentimiento de inferioridad que lleva a situar la lucha en el terreno de la violencia física, hiriendo en los adversarios, que son "los demás", lo que constituye su dignidad de hombres, rebajando en ellos las calidades de las que se cree carecer. Estos son los caracteres que Salvagno Campos, en una conferencia-folleto que merecía ser más conocida, encontraba en la "*Patota criminal criolla*" (tal es el título de la conferencia), caracteres que, debidos a las mismas causas —desconfianza en sí



mismo de cada uno de sus componentes, deseo de imponerse o destacarse, como desquite, con cualquier medio, en un ambiente considerado "superior" y odiado como tal— llevan a una violencia de tipo morboso.

Hay en efecto todo un conjunto de fenómenos degenerativos a los que la vida humana está permanentemente expuesta: el desencadenamiento incontrolado de los instintos adolescentes, al que llamamos delincuencia infanto-juvenil, el desafío de anormales (o que se creen tales) que se manifiesta a través de un culto extremado por una fuerza y una salud que ostentan —gracias al grupo— pero individualmente no tienen, la psicosis de guerra, que se oculta bajo un frío arrojo, el desprecio por el otro hombre (de los "niños bien" por las masas, de los "descamisados" por los "intelectuales", de los blancos por los negros o viceversa, etc.). Se trata de distintas manifestaciones que constituyen la zona peligrosa (algunos la llaman demoníaca) de la irracionalidad. Ninguna revolución se libra de esos fenómenos morbosos. Pero ninguna los emplea como armas. Emplean, en cambio, muy racionalmente, esas degeneraciones de la irracionalidad los grupos sociales entronizados en el poder, en su desesperada resistencia contra las fuerzas de cambio, resistencia que puede adoptar la forma del golpe de estado, o apoyarse estratégica y demagógicamente en sectores desposeídos de la población (Hitler en el "lumpenproletariat, Franco en los moros, Perón en el proletariado no organizado del campo) sin dejar de ser resistencia, es decir conservación.

Este carácter "metodológico" de la "contrarrevolución preventiva" se vio claro en la última guerra, durante la victoriosa expansión del nazismo, favorecida por los conservadores de los países invadidos, que renegaron así de su tradicional nacionalismo. En cada uno de tales países la violencia ejercida por el invasor con un sadismo nunca visto, para mantener el dominio de la situación, fue violencia de partido o de clase, y estuvo materialmente a cargo, en la mayor parte de los casos, de elementos locales de derecha. Hay más: todo estaba calculado para producir en el adversario detenido, humillado y torturado, la pérdida del respeto hacia sí mismo y hacia sus compañeros de cautiverio y al final de su misma calidad de hombre, obligándolo a rebajarse en grado extremo y a cooperar con los verdugos para sobrevivir.

En uno de los primeros libros que salieron sobre el infierno de Auschwitz, escrito por una polaca sobreviviente de ese campo de concentración, leemos: "Nuestro sufrimiento mayor estaba constituido, no por la suciedad, los piojos, las chinches, el pesado trabajo, los golpes que los Alemanes descargaban sobre nuestros cuerpos, sino por el fango moral, dado por las relaciones entre las detenidas... Con plena conciencia los Alemanes ensuciaban en los pueblos lo que había en ellos de mejor y más noble, mezclándolo con la peor podredumbre moral... Se esforzaban por



despertar la animosidad entre los detenidos, aprovechando todas las diferencias posibles: sociales, culturales, etc. Pero el veneno más terrible que empleaban era la rivalidad racial y nacional, sutilmente excitada por medio de nuestras miserias cotidianas" (Pelagia Lewinska - *Vingt mois à Auschwitz* - Paris - 1945 - pp. 136 - 137 - 150).

Cerrado el libro, las imágenes de horror (los catorce crematorios, a los que los niños eran arrojados vivo para ahorrar gas, la escena terrible de esos veinte camiones llenos de mujeres desnudas, que iban directamente de la enfermería a la cámara de la muerte provocando la rebelión y la locura de un soldado alemán recién llegado que ignoraba la realidad de los campos, la muerte en las cercas de alambre electrizado...) adquieren en la memoria un nuevo y más profundo significado, asociadas con las otras imágenes de esa vida diaria, que era en sí un lento engranaje de muerte, antes espiritual y luego física.

Charles Eube y Paul Eluard que prologan el libro, en prosa el primero, en versos el segundo, lo presentan como un documento antialemán; y, en ese momento y en las intenciones, lo era. Leído hoy, en un contexto mucho más amplio y entre pasiones distintas, creemos juzgarlo mejor si decimos que se trata de un documento antifascista.

La literatura sobre los campos de exterminio es abundante y sobrecogedora; pero de toda ella solo queremos recordar aquí, además del librito ya citado, importante por su inmediatez, una obra de un hebreo italiano, Primo Levi, titulada *Si esto es un hombre*, que insiste, a través de un relato espantoso, sobre esta verdad: que lo peor que hizo el nacistascismo fue el haber despertado la bestia que existe en potencia en cada ser humano, el haber revelado al hombre de qué horrores y de qué bajezas es capaz.

El carácter monstruoso y masivo del fenómeno ha concentrado, después de la guerra, la atención de historiadores, sociólogos, psicólogos y hasta médicos, sobre la patología del poder y del sometimiento ciego. Libros como *El miedo a la libertad* de Erick Fromm, *El demonio del poder* de Gerhard Ritter, *Autoridad y delincuencia en el estado moderno* de Alex Comfort, citados aquí solo como ejemplos, tomados un tanto al azar, de una convergencia que podríamos llamar experimental, nos ayudan a confirmar la definición del fascismo a que llegamos, basándonos en el análisis de los hechos: el fascismo es el producto de un esfuerzo desesperado por conservar el poder contra cualquier tendencia al cambio. También nos ayudan a ver los peligros de reducir esa tendencia al cambio a los términos de una lucha por el poder, que fatalmente se vuelve conservadora, una vez que alcanza este último objetivo.

Ritter, que es, en el análisis, el menos seguro de los autores mencionados, ve en la vida política una trágica antinomia entre



el deber de la afirmación de sí —para estados e individuos— y el del sacrificio de sí en bien de la comunidad; y busca difíciles conciliaciones en una línea absolutamente tradicional, sin que parezca darse cuenta de que los peligros de un triunfo de lo "demoníaco" (según su propia expresión) tienen carácter mortal, en este momento en que la capacidad creadora y destructiva del hombre ha llegado muy cerca de los límites mismos de la vida.

Pero, tanto la afirmación de sí, como la abnegación quedan completamente falseadas en el fenómeno fascista, en que la primera se reduce al empleo de la fuerza material y la segunda al masoquismo de la obediencia ciega. Más aún, yo diría que quedan falseadas, toda vez que buscan realizarse a través del poder coactivo, político o económico, de unos hombres sobre otros, poder que tiende al fascismo cuando se ve amenazado.

Gino Germani, en la introducción a la edición argentina de la mencionada obra de Fromm, tiene unas líneas tan lúcidas a este respecto, que no me resisto a citarlas. Dice: "La estabilidad y la expansión ulterior de la democracia dependen de la capacidad de autogobierno por parte de los ciudadanos, es decir de su aptitud para asumir decisiones racionales en aquellas esferas en las cuales, en tiempos pasados, dominaba la tradición, la costumbre, o el prestigio y la fuerza de una autoridad exterior. Ello significa que la democracia puede subsistir solamente si se logra un fortalecimiento y una expansión de la personalidad de los individuos, que los haga dueños de una voluntad y un pensamiento auténticamente propios. En su dimensión psicológica, la crisis afecta justamente la personalidad humana". (Erick Fromm - *El miedo a la libertad* - Paidós - Buenos Aires - 1958 - Prefacio de G. Germani - p. 18)

Naturalmente, Germani se refiere aquí a la democracia liberal, como salió de las revoluciones del siglo pasado y que implica el respeto de los derechos básicos de las minorías, y no a la jacobina, que tiende a exigir el poder total para los ungidos por la mitad más uno de los votantes. Y, a mi vez, al hacer esta aclaración, que en este momento considero necesaria, quiero excluir del adjetivo "liberal" todo sentido económico en relación con la empresa privada, pues esta es en sí un instrumento de poder y como tal la consideraron ya los obreros de París que entendían completar la revolución de febrero de 1848 afrontando en junio los fusiles de Cavaignac.

Crisis de la personalidad, dice G. Germani: podríamos conformarnos con esta definición provisoria para entender los brotes de delincuencia nacifascista en América Latina y en algunos países de Europa en esta tumultosa post-guerra. Pero no hay que perder de vista que los estados de espíritu y cultura que tales episodios revelan quedan como peligrosos instrumentos disponibles, pues corresponden a la mentalidad y a las consignas características de las bandas armadas al servicio de los poderes tradi-



cionales, cuyos órganos por eso mismo son a menudo indulgentes con ellos. (1) Dejando de lado las represiones de la revolución húngara y de la argelina que, bajo la apariencia colonialista, fueron masivas empresas de defensa del poder de una casta (un "aparato" de partido en el primer caso, una minoría dominante estrechamente aliada con una organización militar terrorista en el segundo), tales brotes han quedado hasta ahora bastante aislados en los países en que se produjeron.

Pero no sabemos esta vez desde dónde pueda amenazarnos el peligro fascista que transformaría estas manifestaciones aisladas en avalanchas de "terror pánico a la libertad", precipitándonos en el abismo de la guerra. Contra ese múltiple peligro las únicas verdaderas defensas están en cada uno, en la racionalidad y en la espontaneidad de cada uno, en esa responsabilidad activa de cada hombre hacia los demás, que es a la vez un afirmarse y un darse.

*Luce Fabbrì*

---

(1) Leemos en el "Taccuino" del semanario italiano *Il Mondo*, del 23 de octubre de 1962:

"Los fascistas de Milán han realizado una manifestación en favor de las duras condenas infligidas por los tribunales de Franco a los estudiantes españoles: han bajado a la calle, armados de bastones, llevando carteles con elogios al "caudillo", a la falange, al catolicismo y a la civilización occidental, y han agredido al periodista Pablo Pernici, que, solo y desarmado, les había hecho frente. A la cabeza de los fascistas iba el "honorable" (diputado) Leccisi, conocido por haber iniciado su carrera política con el robo del cadáver de Mussolini. Leccisi había recibido de la oficina política de la Jefatura de Policía la advertencia de que no debía molestar las pacíficas iniciativas de los grupos antifascistas, pero las fuerzas policiales prefirieron ignorar la orden, y la expedición punitiva pasó frente a las camionetas del cuerpo motorizado de policía, agitando las cachiporras entre la indiferencia de los agentes. Cuando los fascistas se encontraron ante el periodista Pernici, se desahogaron con él, golpeándolo con todas las ingeniosidades propias de su sabiduría.

"A pocos pasos —refiere el *Espresso*— había una camioneta y, apoyado en ella, un policía charlaba con un civil. Chorreando sangre, Pernici lo alcanzó: "¿Por qué no interviene?", le preguntó. En ese momento, el honorable Leccisi, sosteniendo con la izquierda su bastón sucio de sangre, se iba sonriendo de satisfacción. "No, yo no intervengo", contestó el agente a Pernici, y prosiguió la conversación interrumpida".

La actitud del policía de Milán describe de manera directa cuál es la línea de conducta de por lo menos una parte de las autoridades: altos grados de la Policía, de la Magistratura, de la Política y de la Burocracia".

Hasta aquí *Il Mondo*. Lo que podemos agregar nosotros es la comprobación del carácter general de este estado de ánimo, que, lejos de ser un matiz de una situación circunstancial, toca de cerca uno de los rasgos profundos de la historia de nuestro tiempo. Hay todo un período de la última "pre-guerra" que podría ser definido por consignas de defensa de lo establecido, que sólo en la forma diferían de un país a otro. Ellas podrían resumirse en la adoptada por los grandes industriales franceses: "Mejor Hitler que León Blum", y nos sirven aún para explicarnos las complicidades activas y pasivas que el fenómeno fascista encuentra, en sus manifestaciones residuales o en sus nuevos retoños no siempre conscientes de su papel, por parte de muchos de los que ocupan altos puestos en las jerarquías económicas y políticas.



---

Imp. Cerdón